

Aquellos ojos verdes

Mirada en color

Por Margarita
García-Galán



¿Quién no ha sentido alguna vez instantes fugaces de melancolía recordando unos ojos? ¿Quién no ha guardado como un tesoro entre las páginas de un libro, o en el silencio de un oscuro cajón, una foto de alguien que te miraba desde su callada lejanía despertando ilusiones y sueños imposibles? Sueños que se iban desdibujando con el paso del tiempo, arrugándose en el alma como la cartulina brillante que enmarcaba la mirada adorada, esa mirada muda y azul de Paul Newman que alegraba las tediosas horas de matemáticas; esos ojos que me hablaban cuando estaba sola y me decían todo lo que yo quería oír.

Ayer, último día de un abril lluvioso que ha jugado a capricho con nuestro ánimo enseñando y escondiendo su primavera, la mirada verde de otros ojos ha vuelto a despertar esos momentos mágicos, tan lejanos ya, que vivimos una vez. Aquellos ojos verdes de Joaquín Lobato se abrieron por fin a las miradas de todos, entre las páginas de un libro que ha visto la luz en la quietud de una tarde veleña, en ese Palacio de Beniel acostumbreado a los versos, donde duermen las miradas soñadas, las películas idealizadas, los jirones de una vida intensa, y toda la melancolía de un poeta. Joaquín Lobato volvía a reunir desde el infinito a sus amigos de siempre, en uno de esos "anohecidos de templadas primaveras" que tanto le gustaban a él. Que tanto me gustan a mí.

Música de películas para dar la bienvenida a un libro del eterno enamorado del cine; música de películas inolvidables que vimos

como él, tantas veces. Un clarinete, un saxofón y un contrabajo nos llevaban de la mano, en riguroso directo, a revivir con sus notas lo que el viento se llevó; a la corriente plateada del Río de la luna; a la alegre canción de lluvia que mojaba el paraguas de Gene Kelly. Música para mecer el recuerdo de aquellos ojos del bolero que dejaron en el alma una tristeza, "aquellos ojos verdes que yo nunca olvidaré". El embrujo de unos ojos misteriosos asomaba entre las páginas blancas del libro, añadiendo color al calor de sus versos. Versos que nos devuelven sin remedio al tiempo de Joaquín, que fue también el nuestro. Leyendo los versos por las calles del ayer, llegamos sin querer al Principal Cinema; tardes de cine que nos convertían por unas horas en la dulce María de West Side Story o en esa gata sobre el tejado que era Liz Taylor; sus preciosos ojos violetas se cerraron también para siempre. Tardes de evasión y de aventura donde todo era posible sólo con mirar la pantalla. El libro "Aquellos ojos verdes", hasta ahora inédito, nos pasea verso a verso por momentos fugaces de paraísos de adolescencia perdidos entre arrumacos de cine y "tantísimo terciopelo en el beso"; entre clases de literatura, veranos azules y otoños grises de batatas asadas y "el humo de las castañas pregonándose". El Vélez de entonces sigue viviendo en sus páginas: "La comadrona de enfrente declamando a Gustavo Adolfo Bécquer", "la vecina maestra que peinaba a domicilio", "las hermanas gemelas que se contaban suspiros en las tardes larguísimas de verano"...

Mientras, el poeta que crecía escondido tras las gafas soñaba con los ojos verdes de una mujer: "Yo estaba enamorado de Juana de Arco y a nadie conté mi delirio". Yo tampoco conté a nadie que el de los ojos azules de la postal me quitaba el sueño, hasta que un día me cansé de mirar imposibles y sentí, como la tía de Joaquín, que "en un atardecer las gardenias de su amor murieron".

Es hermoso que gracias a tan generoso legado siga viva el alma del poeta. Visitar la sala de Joaquín Lobato es traspasar su intimidad, adentrarse en su universo de emociones. Es hermoso que se expanda su obra, se conozca y se estudie, y que sigan naciendo sus libros aunque él ya no esté; la sensibilidad del departamento de Cultura y el entusiasmo de sus amigos lo hacen posible.

Abril se despidió con el sabor de un atardecer salado de almendras, de cosquilleo de burbujas de champán, de versos bailando entre músicas de cines y el sentir de amigos para siempre. Para los que amamos los versos y las miradas que hablan, y que alguna vez escondimos entre los libros "pésimos poemas emborronados de amores y desdichas"; para los que amamos los pájaros, la luz del verano, las flores, el mar, la música... Para los que amamos la vida a pesar de todo, la tarde última de abril fue un precioso regalo.

"Y vuelven aquellos ojos verdes a estar sobre la mesa o encima del armario". Mayo se asoma a mi ventana y pienso, como Joaquín, que "amo cada instante de ese cielo tan celeste y tan hermoso".